

ya vencida la primera mitad de nuestro siglo, se han organizado en Cuba; sólo la de Cortés tuvo buen suceso. Tras la de Hernández de Córdoba vino la de Juan de Grijalva; Velázquez la destinó á descubrir tierras y á *rescatar*, es decir, al trueque de bujerías por oro, plata y piedras finas; recorrió de ida y vuelta las costas meridionales del golfo, descubriendo el río que en Tabasco lleva su nombre, las costas actuales de Veracruz, en donde quedó también grabado para siempre el nombre de su santo patrono (San Juan de Ulúa), mientras un río pintoresco de la comarca guarda todavía el de uno de los expedicionarios, Alvarado. La vuelta de Grijalva con un poeo de oro y con la noticia de maravillosas tierras entrevistas, caldeó hasta el rojo alambrado la imaginación de los aventureros que ya se habían agrupado en derredor de Hernando Cortés, designado por Velázquez para una nueva y definitiva expedición, desde antes de la vuelta de Grijalva y previa la venia de los frailes jerónimos, á quienes el Regente cardenal Cisneros había dado facultad exclusiva para permitir ó no estas expediciones. El nuevo capitán era codicioso como todos sus compañeros, pero más ambicioso que todos ellos; su carácter y su inteligencia eran del tamaño de su ambición; cuando Velázquez encontró que su agente era hombre capaz de todo y sintió el acero que se escondía bajo el terciopelo de las formas cultas, de la verbosidad persuasiva del que hasta entonces había pasado su vida en aventuras pequeñas, como si sólo tuviese aliento para ellas, quiso privarle del mando; podía hacerlo Velázquez, mas no lo supo hacer; quedó desconcertado con la prontitud y la magnitud de las resoluciones de su capitán, que, procediendo como un pirata, se apoderó en las costas de la Gran Antilla de cuanto necesitaba para el logro de un empeño que presentía gigantesco, que por eso mismo le atraía con magnética fuerza, y que poco á poco se fué revelando á su genio, que creció á compás de la empresa.

Sin más credenciales que su audacia y su fe, iguales, porque solía poner la primera al servicio de la segunda, en tal manera, que por ésta fincó en grave riesgo su vida y su obra, partió D. Hernando; navegó, guiado de Alaminos, y con el lábaro de Constantino enarbolado en la nao capitana, los derroteros que á la isla de Yucatán conducían. En Yucatán (Cozumel) plantó sobre las cruces del santuario maya la cruz de Cristo y adquirió un intérprete (uno de los naufragos españoles), y en Tabasco, luego de bravísima refriega en las márgenes del Grijalva, adquirió á doña Marina, la india á quien los adoradores retrospectivos de los aztecas han llamado traidora y que los aztecas adoraban casi como una deidad, la Malintzin, la lengua, el verbo mismo de la conquista.

En las costas arenosas, ardientes, insalubres, fronteras al islote de San Juan, descubierta por Grijalva, Cortés comenzó su obra prodigiosa; pronto tuvo conciencia de ella. Su exploración costanera, seguida ansiosamente por los pueblos del litoral, que multiplicaban á su vista las señales y avisos, fué conocida por el emperador de los meshicas ó *culhuas* como los llamaban en las costas. Motecuhzoma, desde los primeros anuncios de la presencia de los españoles en el Golfo, había acudido á los dioses y á los profetas; la expedición de Grijalva vino á poner de manifiesto la verdad de los presagios: Quetzal-coatl, cumpliendo su promesa, venía á reclamar su reino; el Tecuhli quiso huir, los sacerdotes le detuvieron. La desaparición de Grijalva lo serenó; se precipitó en el placer, en el goce de mandar, de tiranizar, de recobrar el ascendiente divino de que el miedo lo había descoronado; sus

nobles, el pueblo, los aliados, los tributarios, jamás habían sentido tanto el peso de la opresión imperial. Reaparecen los españoles; Motecuhzoma, de nuevo aturdido, multiplica ansioso sus embajadas, sus presentes (terribles incentivos para la codicia de los advenedizos), sus halagos, sus súplicas, sus repulsas al intento de Cortés de emprender el viaje á Tenochtitlán. Envió adivinos y magos para conjurar y desvanecer á los crucíferos, que se oponían al sacrificio de la hostia humana en las aras santas; que eran dioses, porque disponían del trueno y la centella, porque derrocaban, sin ser fulminados, á los dioses patrios de sus aras sangrientas, que pedían oro, oro y oro, y que habían insurreccionado, con su sola presencia, á todos los tributarios marítimos del imperio. El emperador se sentía arrastrado al abismo por sus dioses muertos; era un vencido de Quetzal-coatl, era el vencido de Cristo.

Cortés se puso muy pronto al cabo de esta situación; conoció la historia y las circunstancias del imperio azteca, sus recursos, los temores del emperador; entró en relaciones con los enemigos de Motecuhzoma, procuró unirse íntimamente con ellos y adormecer el recelo invencible del príncipe: la expedición, de exploración y rescate, se transformó en una de dominación y conquista. Probablemente, en esas condiciones, no se ha acometido empresa igual en la historia.

Sus poderes, que eran ya ilegales, estaban, de todos modos, agotados; los partidarios de Velázquez, abundantes en el puñado de hombres que componía el ejército, protestaban indisciplinados y querían arrastrar á la expedición rumbo á Cuba; todos vacilaban; Cortés maniobró. Decidió que se poblaría la tierra, constituyó una municipalidad (la primera Veracruz), y aquella especie de forma natural y primitiva de la vida política, dió vida á la personalidad legal de Cortés, nombrándolo justicia mayor y capitán general de las reales armas y sometiendo todo á la sanción del soberano. Astucia, rigor, clemencia, todo lo empleó Cortés y logró así dominar aquel grupo de hombres que se creían capaces de ser cada uno el capitán; destruidas con estupendo arresto las naves que los temporales iban á destruir, salvados los elementos que podían servir para aderezar otras cuando fuere necesario, tras-



Doña Marina (según noticias y pinturas de su época)



ladada la puebla á sitio mejor, y organizada y fortificada, Cortés, ya sin comunicación con el mundo español, atendido sólo á su genio y á su esfuerzo, y sometidos con todas las formalidades legales los tributarios de Motecuhzoma en la comarca á la obediencia de su nuevo amo el rey Don Carlos, emprendió la titánica ascensión de la sierra oriental; iba á visitar á Motecuhzoma.

No entraremos en los interesantísimos detalles de este viaje épico, cuyos episodios son tan conocidos; lo que en él tuvo importancia suprema fué la alianza con Tlascalán, que, en odio á Tenochtitlán, se reconoció vasalla de España; á pesar de la superioridad del armamento, que era inmensa y de mayor efecto mientras más apretadas eran las multitudes guerreras de los meshicas, los acontecimientos demostraron que, sin el auxiliar tlascalteca, que rodeaba de una densa muralla humana al grupo español, éste habría desaparecido en los combates ó en el ara de los sacrificios.

Cuando Cortés llegó á Tenochtitlán, cuando se hizo cargo de la imposibilidad de resistencia del monarca, pero de la probable indómita resistencia de la población grave y hostil que lo rodeaba, le pareció que había quedado en rehenes en la inmensa ciudad de los teocalis y los lagos, y con audacia sorprendente decidió invertir aquella posición desesperada y se apoderó de Motecuhzoma; el emperador-dios iba á ser su talismán y su égida. Para los meshica, en el trono vacío de su señor se sentó la imagen divina de la Patria.

Si lo que cronistas veraces afirman es una verdad y no una alucinación, los españoles habían sido hospedados en el centro de un tesoro. Los que lo vieron, quedaron maravillados de tanta riqueza y su codicia tomó proporciones formidables; aquella aglomeración de plumas preciosas, de mantas multicolores, de genuas, de objetos de plata y oro, constituía el tesoro de uno solo de los soberanos, de Ashayacatl; después de éste, las conquistas se habían extendido, los tributos se habían duplicado; ante tamaña tentación nadie sintió temor por la empresa intentada, todos estaban resueltos á rematarla. La nobleza rodeaba al Teuctli cautivo; los españoles, por regla general, lo trataban bien, él tenía con ellos todo género de complacencias; llegó hasta reconocerse solemnemente súbdito del rey de España. Sólo en una cosa no cedió nunca, en lo que á su religión atañía; oía las prédicas de Fray Olmedo, oía á Cortés, que tenía sus puntas de teólogo y poeta y sus ribetes de bachiller, y resistía con el mutismo tenaz de los suaves y pusilánimes.

No tenía Cortés concentrada su atención en Tenochtitlán; estaba en constante comunicación con Tlascalala y con la costa; siguiendo su sistema de dar, de cuando en cuando, un golpe aterrador, como lo había hecho en Cempoalan, como lo hizo en Chololan, en donde ordenó y vió ejecutar á sangre fría una matanza espantosa, durante su viaje á México, hizo quemar delante de la población de los barrios (calpulis) de Tenochtitlán, reunida frente al palacio-cuartel, á algunos tlatoanis ó señores, reos de atentados contra los invasores.

Estaba inquieto; sentía que los príncipes preparaban un levantamiento; el ejército meshica, admirablemente jerarquizado, se preparaba á la lucha suprema á la voz de su jefe el Tlaocheucatl, que se hallaba momentáneamente cautivo (Cuítlahuac) (1). Los emisarios

(1) En la parte de esta obra consagrada al Ejército encontrarán los lectores una descripción magistral del ejército azteca.

## TOMO I.—PARTE SEGUNDA

Historia política

### México.—Monumento á Cuauhtemoc, en el paseo de la Reforma



TOMO I. PARTE SEGUNDA

Historia política

México. — Monumento a Cuauhtémoc en el paseo de la Reforma

Este monumento a Cuauhtémoc, el último emperador de México, se encuentra en el paseo de la Reforma, en la ciudad de México. Fue inaugurado el 15 de septiembre de 1910, en conmemoración del centenario de la independencia de México. El monumento está dedicado a Cuauhtémoc, el último emperador de México, quien fue capturado y ejecutado por los españoles en 1520. El monumento es una obra de arte que representa a Cuauhtémoc en un caballo, sosteniendo un escudo y una lanza. El monumento está rodeado por un jardín y un camino de adoquines.

